

ESCRIBIR

"Escribí un cuento desde el punto de vista de un tipo que había violado a una chica. Entonces, la gente me acusó. Me entrevistaron y me preguntaron: '¿le gusta violar a las niñas?'. Claro que no –dije– sólo estoy retratando la vida. Tuve problemas con mis escritos. Y, al mismo tiempo, los problemas ayudan a vender libros. Pero cuando escribo, lo hago para mí. Es como cuando fumo: la 'chupada' es, para mí, la ceniza para el cenicero.

"Jamás escribo de día. Es como pasear desnudo por la calle principal: todos pueden verte. Es por las noches cuando uno pesca los trucos. Ahí está la magia."

BUKOWSKI
LA CURDA QUE AL FINAL

"Soy de Two Rivers Mississippi", necesita decir un personaje de Bukowski, justamente en el cuento que incluye este suplemento. Y agrega: "Les gustaría ahí". La escena pudo ser vista, con frecuencia, en cualquier bar periférico de Buenos Aires. "Yo soy de Añatuya", se puede escuchar, en santiagueño, a un morocho, a cierta altura del vino. La diferencia que subyace en este paralelo está menos en el tono que en el ademán: el santiagueño lo dice con orgullo, el hombre del río Mississippi con cierta resignación, como si invitara. La idea que mueve los relatos de Bukowski –como movió al John Dos Passos de *Paralelo 42*, al *Huckleberry Finn*, de Mark Twain, al Kerouac de *En el camino*, a Henry Miller–, es la misma: irse, andar, buscando la aventura. Sólo que Bukowski llegó en la época de las grandes carreteras que –para él, para muchos de los norteamericanos de su generación y de la siguiente, desde los motoristas de James Dean hasta las duras bandas punk de este momento– no llevan a ninguna parte y hacen de cualquiera un extranjero. Los personajes de Bukowski, como aquel personaje de Ibsen, "no pertenecen". Tal vez por eso, al costado de las imposiciones editoriales que postulan la lenta lectura del cultísimo Kundera, los jóvenes argentinos leen, como en un ritual, y contra toda interpretación de traducción española, los relatos –o los relatos estirados a novela– del reventado de Bukowski, pariente del rock. No les importa si va a pasar a la historia de la literatura.

Aquí, Enrique Medina toca esos bordes: la marginalidad de Bukowski. Alberto Castro y Jorge Warley tratan de ubicar la inserción del autor en la Argentina. Norberto Soares recala en el alcohol como límite de un despegue explosivo. Las duras opiniones de Bukowski esparcidas en estas páginas, completan estas indagaciones.

LA PARADOJA DE UN ESCANDALO

Por Alberto Castro y Jorge Warley

Charles Bukowski es hoy un fenómeno editorial en los Estados Unidos y Europa; en la Argentina, con la consabida demora, recién se lo empieza a conocer. Las razones de ese éxito de público, ya que no de crítica, bien pueden explicarse por la seducción que provoca el mundo representado en sus relatos. La seducción del escándalo, podría decirse. Una combinatoria de sexo, alcohol, violencia, humor, vertida en una lengua coloquial, atravesada de jerga, que allana cualquier dificultad de lectura. Una visión "arraigada en el romanticismo norteamericano que canta nobles borrachos, putas sensibles, artistas desgraciados", como señala Fernanda Pivano.

Tradición que, en la literatura yanqui, lo liga a respetables hermanos mayores: Miller y Kerouac, entre los más conocidos. Pero que encuentra en Bukowski una flexión singular: mientras que el exhibicionismo alcohólico y la proeza sexual son en aquéllos puentes hacia la comunión, en última instancia reclamos por la felicidad, en Bukowski suponen tan sólo escenas cínicas que confirman una perspectiva del mundo anárquica e individual, desencantada. El hecho mismo de que su literatura no propicie ninguna alternativa superadora del *caos americano*, que no decante hacia una filosofía de la hipotética conciliación entre hombres y mundo, y que desprecie las apuestas estéticas que apuntan en este sentido, todo esto lo coloca en la otra vereda de la respetabilidad, por ende de la consideración de la crítica "seria".

¿Un héroe de nuestro tiempo? Sí, pero no. Sí, en tanto transgrede provocativamente la clásica pintura del *middle class* de los EE.UU., con su césped bien cortado al frente de la casa y las cuotas pagas, acumulando, ascendiendo, tal como propone el ideario *yuppi*. No, en cambio, si lo confrontamos con las ambiciosas visiones de transformación del mundo (utópicas, si se quiere) que alimentaron otros emergentes de esa misma cultura, como el movimiento *beat* de los 50 o el *hippismo* de los 60. Bukowski, se diría, florece entre las ruinas de esa contracultura. Y, tal vez, no les falte razón a quienes lo ligan al fenómeno *punk*. Despolitización, nihilismo, provocación histriónica, desdén ante cualquier empresa fundada en la solidaridad, tales los datos comunes.

Muchas de las manifestaciones literarias de aquella cultura de oposición al *american dream* obtuvieron un fuerte eco en la cultura argentina. Una secuencia que debería incluir, necesariamente, tanto la generación perdida y la novela negra como la *non fiction* de Mailer y Capote, así como los diferentes caminos seguidos por la cultura beatnik, el rock y el nuevo periodismo. Manifestaciones todas que tuvieron y tienen una traducción (y transformación) puntual en la literatura nacional.

Quizás la narrativa de Bukowski se podría confrontar con la que localmente publica Jorge Asís, sin que ello implique una filiación directa sino similitud en los modos de concebir la literatura, la figura del escritor. Esto es: relatos que intencionadamente subrayan su carácter de *representación autobiográfica* (Bukowski/Chinaski; Asís/Zalim), proponiendo un mundo de pícaros, de "sálvese quien pueda", fuertemente machista, donde "vivir para después escribir", en tanto norma, arrincona a la ficción al punto de superponerla con el testimonio. Las diferencias más obvias deben anotarse en la diversa extracción social de los personajes (pequeña burguesía en el caso de Asís, lúmpenes proletarios en el otro) y en la absoluta ausencia del tema político en Bukowski. En cuanto al nihilismo de la mirada del narrador estadounidense tal vez habría que referirse, más bien, a Juan Carlos Onetti, salvando, claro está, la amplia distancia entre ambos proyectos estéticos.

El consumo de los libros de Bukowski, como se ha dicho, es masivo en su patria y en el mercado europeo; "quienes los leen son los subproletarios, los vigilantes de los estacionamientos que luego me escriben cartas de admiración, los presos de las cárceles y de los hospitales", como precisa el autor. En la Argentina sus lectores, presumiblemente, son otros. El alto precio de sus libros, de los que se importan unos pocos miles de ejemplares, obliga a pensar en otro recorte de público: cierta fracción juvenil que se mantiene ajena a la solicitación política, que cultiva el anti-intelectualismo, que a través del sexo y el alcohol persigue su satisfacción hedonista. Para ellos, si buscan en la ficción un modo de legitimar sus propios valores, un reconocimiento, Bukowski es, sin duda, un referente adecuado.

¿Cuáles son los límites de la rebeldía de Bukowski, de su provocación? Como señala el director de cine Marco Ferreri: "Las imágenes que se desprenden de sus libros son imágenes de *ghetto*, de represión, de opresión, y la forma de su diálogo poetiza su momento de revuelta, expresado en la vulgaridad del lenguaje. Si hoy nace la exigencia de un film con el soporte de las imágenes norteamericanas, es porque estamos en la periferia de un imperio que nos envía imágenes oficiales, imágenes que debemos rechazar". Una lectura posible, pero que, a fin de acotar ese escándalo, debiera completarse anotando los millones de dólares que hoy engrosan la cuenta bancaria de Bukowski, el BMW que guarda en su garaje, su coqueteo con los *mass media* y el tiempo que invierte en inventar estrategias para evadir impuestos, ocupación alterna, ahora, a la de la escritura.

Paradójicamente es este Bukowski "premiado" el que llega a la Argentina; comprometido ya en una especie de tardía "reconciliación" con el *establishment*, lo cual si bien no afectará necesariamente la progresiva masificación de su lectura, pone entre paréntesis para el lector argentino, también habitante de la periferia imperial, la eficacia de ese modelo de contestación.



CUENTO

Escenas del Tiempo grand

Siempre ponían a los hombres nuevos a limpiar la mierda de las palomas y mientras uno limpiaba la mierda, las palomas volvían y te cagaban un poco más sobre tu pelo, tu cara, tu ropa. No te daban nada de jabón, sólo agua y cepillo y la mierda salía con dificultad. Después te mandaban al taller de máquinas a tres centavos la hora, pero, como hombre nuevo, primero había que limpiar la mierda de las palomas.

Yo estaba con Blaine cuando a Blaine se le ocurrió la idea. Vio una paloma en el rincón y el pájaro no podía volar. "Escucháme", dijo Blaine, "yo sé que estos pájaros pueden hallarse entre ellos. Démosle a este pájaro algo para decirle a los otros. Lo arreglamos y lo tiramos encima del techo y él le dirá a los otros pájaros lo que está pasando".

"O.K.", dije.

Blaine caminó hasta donde estaba el pájaro y lo levantó. Tenía una pequeña Gillette marrón. Miró a su alrededor. Era el rincón con sombra del patio de ejercicios. Era un día de calor y unos cuantos prisioneros estaban ahí.

"¿Alguno de los señores me quiere asistir en esta operación?", preguntó Blaine.

Nadie respondió.

Blaine empezó a cortar una de las patas. Hombres fuertes desviaron la mirada. Yo vi a uno o dos tocarse las sienes con la mano más cercana al pájaro, bloqueando la vista.

"¿Qué mierda les pasa?", les grité. "¡Estamos cansados de mierda de palomas en nuestro pelo y ojos! Estamos arreglándolo al pájaro para que, cuando lo tiremos arriba del techo, les diga a los otros pájaros: 'Hay unos malos hijos de puta ahí abajo! ¡No se acerquen a ellos!'. Esta paloma le va a decir a esas palomas que paren de cagarnos encima!"

Blaine tiró al pájaro sobre el techo. Yo no me acuerdo si el asunto resultó o no. Pero me acuerdo que mientras fregaba, mi cepillo se encontró con las dos patas de la paloma. Parecían muy raras, sin un pájaro adherido a ellas. Las cepillé dentro de la mierda.

II

La mayoría de las celdas estaban atiborradas y había habido varios motines. Pero los guardias eran sádicos. Lo llevaron a Blaine desde mi celda a una celda llena de negros. Cuando entró, Blaine escuchó que uno de los negros decía; "¡Ahí está mi piba! ¡Sí señor, yo via'ser de este hombre mi piba! ¡En realidad, todos podemos tener un pedazo! ¿Te va'a desvestir nena, o vamo a tener que ayudarte?"

Blaine se sacó la ropa y se tiró chato en el piso.

Los escuchó moviéndose a su alrededor.

"¡Dios! Ese es el ojo redondo más feo que haya visto!"

"¡A mí no se me pone dura, Boyer, que me ayuden pero no puedo!"

"¡Jesús, parece una rosquilla enferma!"

Todos se alejaron caminando y Blaine se levantó y se puso la ropa de vuelta. Me dijo en el patio de ejercicios, "¡Tuve suerte. Me hubieran roto en pedazos!"

"Agradecéle a tu feo agujero del culo", le dije.

III

Ader·ás estaba Sears. Pusieron a Sears con un grupo de negros y Sears miró alrededor y peleó al más grande. Estaba tirado. Sears saltó en el aire y aterrizó con las dos rodillas sobre el pecho del más grande. Pelearon. Sears lo vapuleó. Los otros sólo miraban.

A Sears no parecía importarle. En el patio de ejercicios, se puso en cuclillas mientras giraba lentamente, fumando una colilla. El miró a los negros. Sonrió. Exhaló.

"¿Saben de dónde soy?", le preguntó a los negros.

Los negros no contestaron.

"Soy de Two Rivers Mississippi", inhaló, lo retuvo, exhaló, sonrió, girando sus caderas, "Les gustaría ahí."

Luego tiró la colilla, se levantó, se di vuelta y caminó a través del patio...



FEALDAD

"No existe. Hay algo llamado deformidad. Pero la fealdad no existe. He dicho."

IV

Sears estaba sobre los tipos blancos tam bién. Sears tenía este pelo raro, parecía qu se lo hubieran pegado con cola a la cabeza, lo tenía parado hacia arriba, rojo y sucio Tenía una cicatriz de cuchillo a lo largo d una mejilla y sus ojos eran redondos, mu muy redondos.

Ned Lincoln parecía de 19 pero tenía 2 –boquiabierto, encorvado con una películ blanca que le cubría la mitad del ojo izquier do–. Sears lo vio en el patio en el primer dí del pibe.

"¡Ey, vos!", le aulló al pibe.

El pibe se volvió.

Sears lo señaló con el dedo. "¡Vos, te vi gastar, hombre! ¡Mejor estáte listo! ¡Te vi agarrar mañana! ¡Te via gastar, hombre!

Ned Lincoln solo se paró ahí, no enten diendo mucho. Sears entró a conversar co otro interno como si se hubiera olvidado d todo el asunto. Pero nosotros sabíamos qu no era así. Era sólo su manera. El habí hecho su declaración, y eso era todo.

Uno de los compañeros de celda del pib le habló esa noche.

"Mejor que te prepares pibe, él lo dice e serio. Mejor que te consigas algo."

"¿Qué?"

LA PARADOJA DE UN ESCANDALO



Por Alberto Castro y Jorge Warley

Charles Bukowski es hoy un fenómeno editorial en los Estados Unidos y Europa; en la Argentina, con la consabida demora, recién se lo empieza a conocer. Las razones de ese éxito de público, ya que no de crítica, bien pueden explicarse por la seducción que provoca el mundo representado en sus relatos. La seducción del escándalo, podría decirse. Una combinatoria de sexo, alcohol, violencia, humor, vertida en una lengua coloquial, atravesada de jerga, que allana cualquier dificultad de lectura. Una visión "arraigada en el romanticismo norteamericano que canta nobles borrachos, putas sensibles, artistas desgraciados", como señala Fernanda Pivano.

Tradición que, en la literatura yanqui, lo liga a respetables hermanos mayores: Miller y Kerouac, entre los más conocidos. Pero que encuentra en Bukowski una flexión singular: mientras que el exhibicionismo alcohólico y la proeza sexual son en aquéllos puentes hacia la comunión, en última instancia reclamos por la felicidad, en Bukowski suponen tan sólo escenas cínicas que confirman una perspectiva del mundo anárquica e individual, desencantada. El hecho mismo de que su literatura no propicie ninguna alternativa superadora del *caos americano*, que no decante hacia una filosofía de la hipotética conciliación entre hombres y mundo, y que desprecie las apuestas estéticas que apuntan en este sentido, todo esto lo coloca en la otra vereda de la respetabilidad, por ende de la consideración de la crítica "seria".

¿Un héroe de nuestro tiempo? Sí, pero no. Sí, en tanto transgrede provocativamente la clásica pintura del *middle class* de los EE.UU., con su césped bien cortado al frente de la casa y las cuotas pagas, acumulando, ascendiendo, tal como propone el ideario *yuppi*. No, en cambio, si lo confrontamos con las ambiciosas visiones de transformación del mundo (utópicas, si se quiere) que alimentaron otros emergentes de esa misma cultura, como el movimiento *beat* de los 50 o el *hippismo* de los 60. Bukowski, se diría, florece entre las ruinas de esa contracultura. Y, tal vez, no les falte razón a quienes lo ligan al fenómeno *punk*. Despolitización, nihilismo, provocación histriónica, desdén ante cualquier empresa fundada en la solidaridad, tales los datos comunes.

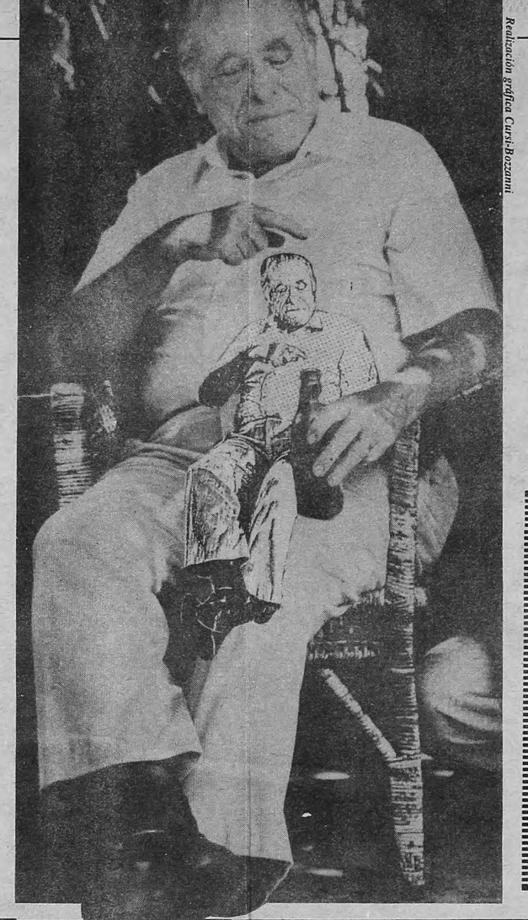
Muchas de las manifestaciones literarias de aquella cultura de oposición al *american dream* obtuvieron un fuerte eco en la cultura argentina. Una secuencia que debería incluir, necesariamente, tanto la generación perdida y la novela negra como la *non fiction* de Mailer y Capote, así como los diferentes caminos seguidos por la cultura beatnik, el rock y el nuevo periodismo. Manifestaciones todas que tuvieron y tienen una traducción (y transformación) puntual en la literatura nacional.

Quizás la narrativa de Bukowski se podría confrontar con la que localmente publica Jorge Asís, sin que ello implique una filiación directa sino similitud en los modos de concebir la literatura, la figura del escritor. Esto es: relatos que intencionadamente subrayan su carácter de *representación autobiográfica* (Bukowski/Chinaski; Asís/Zalim), proponiendo un mundo de pícaros, de "sálvese quien pueda", fuertemente machista, donde "vivir para después escribir", en tanto norma, arrincona a la ficción al punto de superponerla con el testimonio. Las diferencias más obvias deben anotarse en la diversa extracción social de los personajes (pequeña burguesía en el caso de Asís, lúmpenes proletarios en el otro) y en la absoluta ausencia del tema político en Bukowski. En cuanto al nihilismo de la mirada del narrador estadounidense tal vez habría que referirse, más bien, a Juan Carlos Onetti, salvando, claro está, la amplia distancia entre ambos proyectos estéticos.

El consumo de los libros de Bukowski, como se ha dicho, es masivo en su patria y en el mercado europeo; "quienes los leen son los subproletarios, los vigilantes de los estacionamientos que luego me escriben cartas de admiración, los presos de las cárceles y de los hospitales", como precisa el autor. En la Argentina sus lectores, presumiblemente, son otros. El alto precio de sus libros, de los que se importan unos pocos miles de ejemplares, obliga a pensar en otro recorte de público: cierta fracción juvenil que se mantiene ajena a la solicitación política, que cultiva el anti-intelectualismo, que a través del sexo y el alcohol persigue su satisfacción hedonista. Para ellos, si buscan en la ficción un modo de legitimar sus propios valores, un reconocimiento, Bukowski es, sin duda, un referente adecuado.

¿Cuáles son los límites de la rebeldía de Bukowski, de su provocación? Como señala el director de cine Marco Ferreri: "Las imágenes que se desprenden de sus libros son imágenes de *ghetto*, de represión, de opresión, y la forma de su diálogo poetiza su momento de revuelta, expresado en la vulgaridad del lenguaje. Si hoy nace la exigencia de un film con el soporte de las imágenes norteamericanas, es porque estamos en la periferia de un imperio que nos envía imágenes oficiales, imágenes que debemos rechazar". Una lectura posible, pero que, a fin de acotar ese escándalo, debiera completarse anotando los millones de dólares que hoy engrosan la cuenta bancaria de Bukowski, el BMW que guarda en su garaje, su coqueteo con los *mass media* y el tiempo que invierte en inventar estrategias para evadir impuestos, ocupación alterna, ahora, a la de la escritura.

Paradójicamente es este Bukowski "premiado" el que llega a la Argentina; comprometido ya en una especie de tardía "reconciliación" con el *establishment*, lo cual si bien no afectará necesariamente la progresiva masificación de su lectura, pone entre paréntesis para el lector argentino, también habitante de la periferia imperial, la eficacia de ese modelo de contestación.

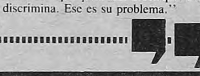


Realización gráfica Cursi-Rozzani

LA HUMANIZACION DEL WHISKY

Por Enrique Medina

Viviente Buda de la marginalidad, Bukowski, escritor contemporáneo por sobre todo, luego de algunos intentos novelísticos cuyos resultados ejemplifican la teoría de Borges de que la novela no es más que el encadenamiento de una serie de cuentos, vuelve al género que parece haber sido inventado para él. Su último libro, *Música de cañerías*, textos en los que se mezclan el relato con apuntes de ensayos filosóficos sobre el costado más desgarrante de la sociedad norteamericana, continúa y afirma su literatura con la contundencia acostumbrada. Varios de estos textos están perfilados por la impronta de sus primeros ganchos al hígado, hacen pensar en la conmovedora violencia de *Erecciones, eyaculaciones, exhibiciones y otros relatos de la locura cotidiana, La máquina de follar, Escritos de un viejo indecente, Se busca una mujer*. Si no alcanzan a impactar con la misma crudeza, es porque seguramente el autor ya ha dejado muy atrás aquel mundo enloquecido y el lector se ha hecho cómplice. Pero que Bukowski amengüe la brutalidad que lo ha caracterizado no quiere decir ello que el pulso se haya debilitado. La propuesta es la misma: bares, borrachos, obsesiones por las piernas de tacos altos, desesperación que se astilla en la trampa de las convenciones, en la lucha existencial por salir de una sociedad que establece y manda. Quizá pueda creerse que *Los asesinos y El malvado*, dos piezas anteriores, magistrales, que le aseguran la perennidad literaria, donde sí se sentía la ferocidad de un pensamiento filoso, profundamente cuestionador y exasperante, no pueden superarse; no es así, ahora, los picos urticantes, difuminados en la precisión de un estilo acabado, contundente, sin rebabas, aparecen en *Decadencia y caída*, el mejor logro (un bebedor le cuenta al barman, antes de asesinarlo, sus experiencias con un matrimonio de descuartizadores); *Una madre* (esas ideas fijas, recuerdos palpitantes sobre sus padres de los que no se puede librar ni aun por la sublimación de la escritura); *Una jornada de trabajo* (con su especial humor satiriza al escritor imposibilitado de hallar su tiempo creativo); *Mañana decisiva* (el ahogo de una esposa atada a un imbécil, o marido, que ya ha superado las metas del machismo para inscribirse en la animalidad más lastimosa); *Una cerveza en el bar de la esquina* (dentro de los muchísimos autorretratos del autor, el más sólido; un hombre entra al bar y causa irritación por mera presencia, con diálogos maestros, ya muy superiores a los de papá Hemingway). Estos relatos plasman el comportamiento intolerante de una sociedad manejada desde los pies a los cabellos. También hay algunos rellenos de los que Bukowski parece no poder librarse; y está bien, éste es el carácter del autor, así debe ser. A lo mejor haya que advertir ciertos tropezones y desatinos contra sus colegas, más para lectores superficiales, de la pavada, chimentos de sótano, que para robustecer su continente de carne y huesos. El verdadero creador jamás se cree ni juez ni verdugo, ni apostrofa encasillando y determinando desde un imaginario trono de la perfección ética y estética, ese rol le cabe a los envanecidos popes de vainilla, adoradores del minúsculo sol de plástico, necesitados de la polémica para justificar y sobrevivir sus propias mediocridades tomándose en serio la estampita de colectivo donde se ven sentados a la diestra de dios padre. Pero Bukowski, como sí es un artista, puede caer en estas vulgaridades y salir optimista. Atacar gratuitamente como Borges que repetía que Lorca era un *andaluz profesional*; o como Sarmiento que en el colmo del odio y la envidia le restaba valor a Facundo hasta como simple conquistador, diciendo que las mujeres lo seguían porque era famoso y no por méritos intrínsecos. Así despotrica, como siempre, contra Burroughs, Mailer, Miller, Capote, Kosinski, Lenny Bruce, Billy Graham, Sinatra, varios más y Camus: "Escribía como un hombre que acabara de darse una buena cena con bistec, patatas fritas, y ensalada, todo regado con una botella de buen vino francés. Tal vez la humanidad sufriera, él no". Y es injusto Bukowski, además de contradictorio y poco memorioso, en *Factotum*, la novela donde habla de sus trabajos en la época de la depresión, sentencia: "Pero el morirse de hambre, desgraciadamente, no ayuda a mejorar el arte. Sólo era un impedimento. El alma de un hombre estaba radicada en su estómago. Podía escribir mucho mejor después de haberse zampado un buen solomillo de ternera y bebido medio litro de whisky de lo que jamás podría hacerlo después de haber comido una barrita de caramelo de a níquel. El mito del artista hambriento era una falacia. Una vez que te dabas cuenta de que todo era una falacia, conseguías la sabiduría y empezabas a sangrar y a arder en llamas y a romper tu ser en explosiones". Pero esto no es grave, sí la necedad contra Céline, menoscabando su obra, menos el *Viaje*, claro, cometiendo su mayor pecado de ignorancia pues si hubo un escritor que lo anticipó y le mostró el camino ése fue Céline, el delirante, desmitificador, el irritante perseguido de los últimos libros, nada que ver con el anarco-comunista del *Viaje*. Seguramente tampoco esto sea grave ni, por supuesto, pueda dañar o empequeñecer su 1,90 de estatura; quizás estos disparates sirvan para que el lector verifique de qué manera el whisky abusivo logra humanizar, transmitir en pleno el espíritu, caótico y admirable, del escritor más brillante, libertario e imprescindible de nuestro tiempo.



MUJERES Y SEXO

"Digo que son una máquina de quejas. Nada está bien en un tipo para ellas. Y cuando está frente a un ataque de histeria, tengo que agarrar el auto e irme donde sea. Creo que están hechas en forma diferente ¿no? Empieza el ataque de histeria y no se las puede parar. Hay que irse. No entienden.

(Imitando una voz femenina que grita).

–¿Dónde vas?

–Quiero irme de aquí, nena.

Piensan que yo odio a las mujeres. No es así. Habladurías. Escuchan: 'Bukowski es un cerdo machista y chauvinista'. Pero no verifican las fuentes. A veces hago quedar mal en mis obras a las mujeres, pero eso le pasa también a mis personajes masculinos. También yo quedo muchas veces mal parado. Es que cuando pienso que algo está mal, lo digo: así sea un hombre, una mujer o un perro. Las mujeres son tan quisquillosas. Creen que se las discrimina. Ese es su problema."



SHAKESPEARE

"Es ilegible y lo sobrevaloran. Pero la gente no quiere escuchar eso. No se puede atacar santuarios. Shakespeare ha sido consagrado durante siglos. Se puede decir: éste es un mal actor, no lo interpreta bien. Pero no se puede decir que Shakespeare es basura. Apenas uno lo insinúa, los snobs se adhieren más a él. Cuando los snobs sienten que algo es seguro, no se despegan. Y cuando uno les dice la verdad, se vuelven salvajes. No pueden manejarlo. Es atacar su propio esquema de pensamiento. Me disgustan."



CUENTO

Escenas del Tiempo grande

Por Bukowski

Siempre ponían a los hombres nuevos a limpiar la mierda de las palomas y mientras uno limpiaba la mierda, las palomas volvían y te cagaban un poco más sobre tu pelo, tu cara, tu ropa. No te daban nada de jabón, sólo agua y cepillo y la mierda salía con dificultad. Después te mandaban al taller de máquinas a tres centavos la hora, pero, como hombre nuevo, primero había que limpiar la mierda de las palomas.

Yo estaba con Blaine cuando a Blaine se le ocurrió la idea. Vio una paloma en el rincón y el pájaro no podía volar. "Escuchame", dijo Blaine, "yo sé que estos pájaros pueden hallarse entre ellos. Démosle a este pájaro algo para decirle a los otros. Lo arreglamos y lo tiramos encima del techo y él le dirá a los otros pájaros lo que está pasando".

"O.K.", dije.

Blaine caminó hasta donde estaba el pájaro y lo levantó. Tenía una pequeña Gillette marrón. Miró a su alrededor. Era el rincón con sombra del patio de ejercicios. Era un día de calor y unos cuantos prisioneros estaban ahí.

"¿Alguno de los señores me quiere asistir en esta operación?", preguntó Blaine.

Nadie respondió.

Blaine empezó a cortar una de las patas. Hombres fuertes desviaron la mirada. Yo vi a uno o dos tocarse las sienes con la mano más cercana al pájaro, bloqueando la vista.

"¿Qué mierda les pasa?", les grité. "¡Estamos cansados de mierda de palomas en nuestro pelo y ojos! Estamos arreglándolo al pájaro para que cuando lo tiremos arriba del techo, les diga a los otros pájaros 'Hay unos malos hijos de puta ahí abajo! ¡No se acerquen a ellos!'. Esta paloma le va a decir a esas palomas que paren de cagarnos encima!"

Blaine tiró al pájaro sobre el techo. Yo no me acuerdo si el asunto resultó o no. Pero me acuerdo que mientras fregaba, mi cepillo se encontró con las dos patas de la paloma. Parecían muy raras, sin un pájaro adherido a ellas. Las cepillé dentro de la mierda.

II

La mayoría de las celdas estaban atiborradas y había habido varios motines. Pero los guardias eran sádicos. Lo llevaron a Blaine desde mi celda a una celda llena de negros. Cuando entró, Blaine escuchó que uno de los negros decía: "¡Ahí está mi piba! ¡Sí señor, yo via'ser de este hombre mi piba! ¡En realidad, todos podemos tener un pedazo! ¡Te va'a desvestir nena, o vamo a tener que ayudarte?"

Blaine se sacó la ropa y se tiró chato en el piso.

Los escuchó moviéndose a su alrededor.

"¡Dios! Ese es el ojo redondo más feo que haya visto!"

"¡A mí no se me pone dura, Boyer, que me ayuden pero no puedo!"

"¡Jesús, parece una rosquilla enferma!"

Todos se alejaron caminando y Blaine se levantó y se puso la ropa de vuelta. Me dijo en el patio de ejercicios, "¡Tuve suerte. Me hubieran roto en pedazos!"

"Agradecéle a tu feo agujero del culo", le dije.

III

Además estaba Sears. Pusieron a Sears con un grupo de negros y Sears miró alrededor y peleó al más grande. Estaba tirado. Sears saltó en el aire y aterrizó con las dos rodillas sobre el pecho del más grande. Pelearon. Sears lo vapuleó. Los otros sólo miraban.

A Sears no parecía importarle. En el patio de ejercicios, se puso en cuclillas mientras giraba lentamente, fumando una colilla. El miró a los negros. Sonrió. Exhaló.

"¿Saben de dónde soy?", le preguntó a los negros.

Los negros no contestaron.

"Soy de Two Rivers Mississippi", inhaló, lo retuvo, exhaló, sonrió, girando sus caderas. "Les gustaría ahí."

Luego tiró la colilla, se levantó, se dio vuelta y caminó a través del patio...

FEALDAD

"No existe. Hay algo llamado deformidad. Pero la fealdad no existe. He dicho."

IV

Sears estaba sobre los tipos blancos también. Sears tenía este pelo raro, parecía que se lo hubieran pegado con cola a la cabeza, y lo tenía parado hacia arriba, rojo y sucio. Tenía una cicatriz de cuchillo a lo largo de una mejilla y sus ojos eran redondos, muy muy redondos.

Ned Lincoln parecía de 19 pero tenía 22 –boquiabierto, encorvado con una película blanca que le cubría la mitad del ojo izquierdo–. Sears lo vio en el patio en el primer día del pibe.

"¡Ey, vos!", le aulló al pibe.

El pibe se volvió.

Sears lo señaló con el dedo. "¡Vos, te via gastar, hombre! ¡Mejor estáte listo! ¡Te via agarrar mañana! ¡Te via gastar, hombre!

Ned Lincoln solo se paró ahí, no entendiendo mucho. Sears entró a conversar con otro interno como si se hubiera olvidado de todo el asunto. Pero nosotros sabíamos que no era así. Era sólo su manera. El había hecho su declaración, y eso era todo.

Uno de los compañeros de celda del pibe le habló esa noche.

"Mejor que te prepares pibe, él lo dice en serio. Mejor que te consigas algo."

"¿Qué?"

"Bueno, te podés hacer un gancho sacando la manija de la canilla y darle forma de punta frotándola contra el cemento. O te puedo vender un buen gancho por dos mangos."

El pibe compró el gancho pero al día siguiente se quedó en su celda, no salió al patio.

"La mierdita está asustada", dijo Sears.

"Yo también lo estaría", dije yo.

"Vos saldrías", dijo él.

"Me quedaría adentro", le dije.

"Vos saldrías", dijo Sears.

"O.K. Yo saldría".

Sears lo cortó en pedazos al día siguiente en la ducha. Nadie vio nada, sólo la cruda sangre roja corriendo por el desagüe junto con el agua y el jabón.

V

Algunos hombres no pueden ser quebrados. Ni el pozo los cura. Joe Statz era uno de ellos. Había estado en el pozo desde siempre, parecía. Era el mal actor preferido del guardián. Si él hubiera podido quebrarlo a Joe, hubiera tenido un mayor control sobre el resto de los hombres.

Un día el guardián llevó a dos de sus hombres, levantaron la tapa y el guardián se puso de rodillas y le gritó a Joe:

"¡Joe! ¡Joe!, ¿tuviste bastante? ¿Querés salir, Joe? Si no querés salir ahora, Joe, yo no voy a volver por mucho tiempo!"

No hubo respuesta.

"¡Joe! ¡Joe! ¿Me escuchas?"

"Sí, te escucho."

"Entonces, ¿cuál es tu respuesta, Joe?"

Joe levantó su balde de meo y mierda y se lo tiró al guardián en la cara. Los hombres del guardián pusieron la tapa de nuevo. Por lo que yo sé, Joe todavía está ahí abajo, vivo o muerto. Se corrió la voz de lo que le había hecho al guardián. Solíamos pensar en Joe, especialmente cuando se apagaban las luces.

VI

Cuando salga, pensaba, voy a esperar un rato y después voy a volver a este lugar, lo voy a mirar desde afuera y voy a saber exactamente lo que está sucediendo adentro, y voy a mirar fijo a esas paredes y me voy a decidir a no estar dentro de ellas nunca más.

Pero después que salí, nunca volví. Nunca las miré desde afuera. Es como una mala mujer. No vale la pena volver. Uno ni siquiera quiere mirarla. Pero uno puede hablar de ella. Eso es fácil. Y eso es lo que hice durante un rato hoy. Suerte para vos, amigo, adentro o afuera.

Este relato inédito en español pertenece a la edición norteamericana de *Erections, ejaculations, exhibitions and other tales of ordinarly madness*. De esa edición original se publicaron en castellano algunos textos en los volúmenes de *La máquina de follar* y en *Erecciones, eyaculaciones, exhibiciones y otros relatos de la locura ordinaria*.



Realización gráfica Cursi-Bozzanni

LA HUMANIZACION DEL WHISKY

Por Enrique Medina



Viviente Buda de la marginalidad, Bukowski, escritor contemporáneo por sobre todo, luego de algunos intentos novelísticos cuyos resultados ejemplifican la teoría de Borges de que la novela no es más que el encadenamiento de una serie de cuentos, vuelve al género que parece haber sido inventado para él. Su último libro, *Música de cañerías*, textos en los que se mezclan el relato con apuntes de ensayos filosóficos sobre el costado más desgarrante de la sociedad norteamericana, continúa y afirma su literatura con la contundencia acostumbrada. Varios de estos textos están perfilados por la impronta de sus primeros ganchos al hígado, hacen pensar en la conmovedora violencia de *Erecciones, eyaculaciones, exhibiciones y otros relatos de la locura cotidiana, La máquina de follar, Escritos de un viejo indecente, Se busca una mujer.* Si no alcanzan a impactar con la misma crudeza, es porque seguramente el autor ya ha dejado muy atrás aquel mundo enloquecido y el lector se ha hecho cómplice. Pero que Bukowski amengüe la brutalidad que lo ha caracterizado no quiere decir ello que el pulso se haya debilitado. La propuesta es la misma: bares, borrachos, obsesiones por las piernas de tacos altos, desesperación que se astilla en la trampa de las convenciones, en la lucha existencial por salir de una sociedad que establece y manda. Quizá pueda creerse que *Los asesinos* y *El malvado*, dos piezas anteriores, magistrales, que le aseguran la perennidad literaria, donde sí se sentía la ferocidad de un pensamiento filoso, profundamente cuestionador y exasperante, no pueden superarse; no es así, ahora, los picos urticantes, difuminados en la precisión de un estilo acabado, contundente, sin rebabas, aparecen en *Decadencia y caída*, el mejor logro (un bebedor le cuenta al barman, antes de asesinarlo, sus experiencias con un matrimonio de descuartizadores); *Una madre* (esas ideas fijas, recuerdos palpitantes sobre sus padres de los que no se puede librar ni aun por la sublimación de la escritura); *Una jornada de trabajo* (con su especial humor satiriza al escritor imposibilitado de hallar su tiempo creativo); *Mañana decisiva* (el ahogo de una esposa atada a un imbécil, o marido, que ya ha superado las metas del machismo para inscribirse en la animalidad más lastimosa); *Una cerveza en el bar de la esquina* (dentro de los muchísimos autorretratos del autor, el más sólido; un hombre entra al bar y causa irritación por mera presencia, con diálogos maestros, ya muy superiores a los de papá Hemingway). Estos relatos plasman el comportamiento intolerante de una sociedad manejada desde los pies a los cabellos. También hay algunos rellenos de los que Bukowski parece no poder librarse; y está bien, éste es el carácter del autor, así debe ser. A lo mejor haya que advertir ciertos tropezones y desatinos contra sus colegas, más para lectores superficiales, de la pavada, chimentos de sótano, que para robustecer su continente de carne y huesos. El verdadero creador jamás se cree ni juez ni verdugo, ni apostrofa encasillando y determinando desde un imaginario trono de la perfección ética y estética, ese rol le cabe a los envanecidos popes de vainilla, adoradores del minúsculo sol de plástico, necesitados de la polémica para justificar y sobrevivir sus propias mediocridades tomándose en serio la estampita de colectivo donde se ven sentados a la diestra de dios padre. Pero Bukowski, como sí es un artista, puede caer en estas vulgaridades y salir optimista. Atacar gratuitamente como Borges que repetía que Lorca era un *andaluz profesional*; o como Sarmiento que en el colmo del odio y la envidia le restaba valor a Facundo hasta como simple conquistador, diciendo que las mujeres lo seguían porque era famoso y no por méritos intrínsecos. Así despotrica, como siempre, contra Burroughs, Mailer, Miller, Capote, Kosinski, Lenny Bruce, Billy Graham, Sinatra, varios más y Camus: "Escribía como un hombre que acabara de darse una buena cena con bistec, patatas fritas, y ensalada, todo regado con una botella de buen vino francés. Tal vez la humanidad sufriera, él no". Y es injusto Bukowski, además de contradictorio y poco memorioso, en *Factotum*, la novela donde habla de sus trabajos en la época de la depresión, sentencia: "Pero el morirse de hambre, desgraciadamente, no ayuda a mejorar el arte. Sólo era un impedimento. El alma de un hombre estaba radicada en su estómago. Podía escribir mucho mejor después de haberse zampado un buen solomillo de ternera y bebido medio litro de whisky de lo que jamás podría hacerlo después de haber comido una barrita de caramelo de a níquel. El mito del artista hambriento era una falacia. Una vez que te dabas cuenta de que todo era una falacia, conseguías la sabiduría y empezabas a sangrar y a arder en llamas y a romper tu ser en explosiones". Pero esto no es grave, sí la necedad contra Céline, menoscabando su obra, menos el *Viaje*, claro, cometiendo su mayor pecado de ignorancia pues si hubo un escritor que lo anticipó y le mostró el camino ése fue Céline, el delirante, desmi tificador, el irritante perseguido de los últimos libros, nada que ver con el anarco-comunista del *Viaje*. Seguramente tampoco esto sea grave ni, por supuesto, pueda dañar o empequeñecer su 1,90 de estatura; quizás estes disparates sirvan para que el lector verifique de qué manera el whisky abusivo logra humanizar, transmitir en pleno el espíritu, caótico y admirable, del escritor más brillante, libertario e imprescindible de nuestro tiempo.



MUJERES Y SEXO

"Digo que son una máquina de quejas. Nada está bien en un tipo para ellas. Y cuando está frente a un ataque de histeria, tengo que agarrar el auto e irme donde sea. Creo que están hechas en forma diferente ¿no? Empieza el ataque de histeria y no se las puede parar. Hay que irse. No entienden.

(Imitando una voz femenina que grita).

–¿Dónde vas?

–Quiero irme de aquí, nena.

Piensan que yo odio a las mujeres. No es así. Habladurías. Escuchan: 'Bukowski es un cerdo machista y chauvinista'. Pero no verifican las fuentes. A veces hago quedar mal en mis obras a las mujeres, pero eso le pasa también a mis personajes masculinos. También yo quedo muchas veces mal parado. Es que cuando pienso que algo está mal, lo digo: así sea un hombre, una mujer o un perro. Las mujeres son tan quisquillosas. Creen que se las discrimina. Ese es su problema."



SHAKESPEARE

"Es ilegible y lo sobrevaloran. Pero la gente no quiere escuchar eso. No se puede atacar santuarios. Shakespeare ha sido consagrado durante siglos. Se puede decir: éste es un mal actor, no lo interpreta bien. Pero no se puede decir que Shakespeare es basura. Apenas uno lo insinúa, los snobs se adhieren más a él. Cuando los snobs sienten que algo es seguro, no se despegan. Y cuando uno les dice la verdad, se vuelven salvajes. No pueden manejarlo. Es atacar su propio esquema de pensamiento. Me disgustan."



e

Por Bukowski

"Bueno, te podés hacer un gancho sacando la manija de la canilla y darle forma de punta frotándola contra el cemento. O te puedo vender un buen gancho por dos mangos."

El pibe compró el gancho pero al día siguiente se quedó en su celda, no salió al patio.

"La mierdita está asustada", dijo Sears.

"Yo también lo estaría", dije yo.

"Vos saldrías", dijo él.

"Me quedaría adentro", le dije.

"Vos saldrías", dijo Sears.

"O.K. Yo saldría".

Sears lo cortó en pedazos al día siguiente en la ducha. Nadie vio nada, sólo la cruda sangre roja corriendo por el desagüe junto con el agua y el jabón.

V

Algunos hombres no pueden ser quebrados. Ni el pozo los cura. Joe Statz era uno de ellos. Había estado en el pozo desde siempre, parecía. Era el mal actor preferido del guardián. Si él hubiera podido quebrarlo a Joe, hubiera tenido un mayor control sobre el resto de los hombres.

Un día el guardián llevó a dos de sus hombres, levantaron la tapa y el guardián se puso de rodillas y le gritó a Joe:

"¡Joe! ¡Joe!, ¿tuviste bastante? ¿Querés salir, Joe? Si no querés salir ahora, Joe, yo no voy a volver por mucho tiempo!"

No hubo respuesta.

"¡Joe! ¡Joe! ¿Me escuchas?"

"Sí, te escucho."

"Entonces, ¿cuál es tu respuesta, Joe?"

Joe levantó su balde de meo y mierda y se lo tiró al guardián en la cara. Los hombres del guardián pusieron la tapa de nuevo. Por lo que yo sé, Joe todavía está ahí abajo, vivo o muerto. Se corrió la voz de lo que le había hecho al guardián. Solíamos pensar en Joe, especialmente cuando se apagaban las luces.

VI

Cuando salga, pensaba, voy a esperar un rato y después voy a volver a este lugar, lo voy a mirar desde afuera y voy a saber exactamente lo que está sucediendo adentro, y voy a mirar fijo a esas paredes y me voy a decidir a no estar dentro de ellas nunca más.

Pero después que salí, nunca volví. Nunca las miré desde afuera. Es como una mala mujer. No vale la pena volver. Uno ni siquiera quiere mirarla. Pero uno puede hablar de ella. Eso es fácil. Y eso es lo que hice durante un rato hoy. Suerte para vos, amigo, adentro o afuera.

Este relato inédito en español pertenece a la edición norteamericana de *Erections, ejaculations, exhibitions and other tales of ordinarly madness*. De esa edición original se publicaron en castellano algunos textos en los volúmenes de *La máquina de follar* y en *Erecciones, eyaculaciones, exhibiciones y otros relatos de la locura ordinaria*.



ENTRE EL MARMOL Y EL BRONCE

Por Norberto Soares

La vida y la obra de Charles Bukowski son un entrevero de talento, inteligencia, resentimiento, habilidad narrativa, opiniones contundentes, un narcisismo blindado y una buena cantidad de payasadas. Como es un tipo con humor, a Bukowski no lo perturba esta mezcla, porque el humor la exige, a diferencia de la ironía que implica distancia. Más allá del humor, aquella mezcla tampoco puede perturbar a un tipo que suele tutearse a diario con combinaciones más explosivas, como la que tiene como ingredientes abundantes dosis de vino, cerveza, vodka y whiskies de todo pelaje.



Desde hace pocos años, este Casanova de los arrabales de Los Angeles parece haber elegido una vida sentimental menos promiscua que aquella que reflejan sus libros. El motivo de esta conversión se llama Linda Bee Beighle –la adorable Sara de su novela *Mujeres*–, una joven de rara belleza, con una cara marcada por signos inequívocos que sugieren que ella pertenece, por derecho propio, al mundo de los personajes de su marido.

Ahora, los Bukowski viven en San Pedro, un suburbio elegante de Los Angeles, en una casa luminosa, con jardín y tres gatos, rodeada de flores, el reverso exacto de esos cuartos pestilentes, mugrientos y caóticos en los cuales transcurre la mayor parte de sus historias y en los cuales Bukowski pasó la mayor parte de su vida.

Haberse vuelto propietario, luego de vivir, largamente, orillando la miseria parece avergonzarlo: "Todo está comprado para no pagar los impuestos", informa Bukowski a quienes lo visitan, prefiriendo el rol transgresivo del evasor al de nuevo rico, un status al cual lo lanzó, vertiginosamente, en el otoño de su vida, el éxito (europeo, sobre todo), de su turbulenta obra.

Bukowski nació el 16 de agosto de 1920 en Adenach, Alemania. Al cumplir dos años, sus padres se trasladaron a Los Angeles, Estados Unidos, ciudad en la que Bukowski creció, inició su interminable pelea con la vida, padeció, tuvo sus rachas de felicidad, se hizo escritor y se tomó todo. Como ahora.

El alcohol ingresó temprano en la vida de Bukowski. Según él, empezó a tomar cuando tenía apenas trece años, como una forma de soportar la torturante vida familiar, tutelada por un padre autoritario y brutal, quien lo castigaba continuamente y lo condenaba a dormir en el garaje cada vez que volvía a su casa borracho. De ser cierta la versión, ese garaje debe ser el lugar que más frecuentó Charles Bukowski.

No sólo su padre conspiró contra la felicidad del joven Bukowski; el acné también formó parte del complot. Pero no era un acné común, ese de pequeños e indecentes granitos purulentos que brotan en las mejillas, narices y las mandíbulas de millones de adolescentes. No. El acné de Bukowski era tan excesivo como él y se manifestaba a través de forúnculos enormes, impresionantes, que debían abrirse con bisturí eléctrico. Su cara, que parece un campo roturado, da testimonio de aquellos forúnculos y sus electrizantes curas.

Por esa época, Bukowski comienza a trazar un itinerario que es típico de buena parte de los escritores norteamericanos de su generación y que ha dado lugar a toda una heráldica del camino. Sus blasones son las vastas rutas de los Estados Unidos, el vagabundeo sin destino por grandes ciudades y pueblos fantasmales, los trabajos temporarios de uno o dos semanas ya sea en un frigorífico, en un bar, cargando y descargando camiones o como sereno de un quilombo. Según Bukowski, este itinerario –que es, en realidad, mucho más extenso–, se realizó a través de una borrachera eterna, durmiendo en bancos de plazas, en asilos, en una inhóspita cárcel (cuando se negó a hacer el servicio militar e ir a la Segunda Guerra), hasta derrumbarse, moribundo, en un hospital de Los Angeles, tumbado por una hemorragia provocada por el alcohol.

Zafó de la crisis pero no se entregó. Sus días siguieron transcurriendo a través de la bebida y de la redacción de poemas que enviaba, a veces en cajas de zapatos, a revistas secretas donde, de vez en cuando, le publicaban uno o dos. Fue, justamente, la directora de una de esas revistas la que quedó fascinada por unos poemas de Bukowski y empezó a mandarle, desde Texas, cartas de amor un tanto febriles. El desenlace fue un casamiento que duró dos años y del cual quedó una hija, la única.

A los 39 años, este hombrón que se codea con las experiencias más tortuosas, patéticas, crueles y cómicas de la vida; que habita los mismos cuartos miserables que tan bien describe en sus relatos; que frecuenta a las putas más baratas y a los sujetos más despreciables y que se mezcla con violentos elementos del hampa, recala en la oficina de correos de Los Angeles y permanecerá trabajando en ella once años. La dejará para convertirse, según sus palabras, en un escritor profesional.

Como "amateur" venía escribiendo desde los 60 y publicando, como se apuntó, de vez en cuando, en revistas "underground". Sorpresivamente, en 1966, John Martin, editor de una de ellas, decide publicar cinco poemas de Bukowski. Con ellos editó treinta ejemplares y le pagó la misma suma por cada una de las piezas. Martín creyó con tanta intensidad en el talento de Bukowski que llegó a confesar que su encuentro con él era "el del señor Rolls con el señor Royce". A partir de allí, la producción poética de Bukowski será inagotable y alcanza, hasta el momento, treinta y dos volúmenes. Ninguno de ellos ha sido traducido al castellano.

Bukowski llega a la novela en 1971 a partir de "*Cartero*", un libro inspirado por su trabajo en la oficina de correos de Los Angeles, que escribió en 19 días. En ese libro aparece, por primera vez, el protagonista clave de su narrativa, su alter ego: el denso, perverso, patético y payasesco Henri Chinaski. Un año después publica *Erecciones, eyaculaciones, exhibiciones y otros relatos de la locura cotidiana*, en 1975 aparece *Factotum*; en 1978 su admirable *Mujeres* y en 1983 el libro de relatos *Música de cañerías*.

Junto con la narrativa vendrá su consagración: Europa será la primera en celebrarlo, luego de su estricto séquito de admiradores que asistía a sus lecturas de poesía en los sitios más diversos de Los Angeles.

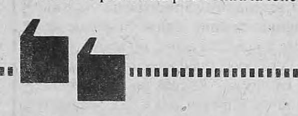
En general, la crítica lo adora. Después de todo, hacía bastante tiempo que no tenían a un escritor tan escandaloso y extravagante. Lo comparan con Ernest Hemingway, Henry Miller, Jack Kerouac, William Burroughs y algunos otros nombres sagrados. El abomina de todos ellos. Afirma que Hemingway era bueno en sus comienzos, pese a su falta de humor, pero que con el tiempo sus libros se tornaron "lechosos", que dejó de ser directo y fuerte "y se domesticó". De Miller lo seducen sus escenas de cama pero detesta sus largas parrafadas pseudofilosóficas. Con Kerouac afirma no tener la más mínima relación. Burroughs, Allen Ginsberg y Jean Genet no le caen nada bien: asegura que están "liquidados, suavizados, atontados, afeminados (no amariconados sino afeminados) y si yo fuese un cana me darían ganas de machacar sus cerebros podridos".

Mientras crece su gloria y su fortuna, Bukowski prosigue con sus rituales favoritos: emborracharse, ir al hipódromo, quedarse en la cama hasta después del mediodía, cenar y beber algo con Linda y, hacia la medianoche, munirse de un par de botellas de vino, encerrarse en su cuarto de trabajo y ponerse a escribir hasta que el cuerpo y la cabeza aguanten. Otro de sus rituales favoritos consiste en hacer papelones históricos. Aún se recuerda el que protagonizó a fines de los 70, durante una emisión de *Apostrophe*, un programa literario de televisión muy popular en Francia, que dirige Bernard Pivot. A él llegó Bukowski con un par de botellas en la mano, se dedicó a tomar, hablar e interrumpir a todo aquel que se cruzara en su discurso y llegó a proponerle a una escritora, también invitada, que se levantara la pollera y mostrara las piernas para determinar si era o no buena para hacer literatura. Por supuesto, lo echaron.

Pero está demasiado curtido y es demasiado zorro como para que hechos como el narrado le provoquen algún ataque de culpa o arrepentimiento. A los 67 años, Bukowski sabe que parte de su obra es el personaje que él encarna y que en tal sentido el show debe continuar. Sabe, también, que es uno de los mejores escritores actuales y no desconoce el trabajo que le costó el llegar a serlo. Es, tal vez, por saber todas esas cosas que puede decir con absoluta seguridad y una desvergüenza total lo siguiente: "Me convertí en escritor no tanto porque creyera que podía ser escritor sino porque todos los escritores que conocía y que eran tan famosos me parecía que valían absolutamente nada. Pero para mí, quedarme ahí con las manos cruzadas y dejarles apoderarse de la situación con su aburrida ineptitud, me parecía atroz".

Por el énfasis de la frase, se nota que ya lo andan cercando el bronce o el mármol.

***La editorial española Anagrama ha publicado en su colección "Contraseñas" las siguientes obras de Charles Bukowski: Cartero, Factotum, Mujeres y La senda del perdedor (Novelas). Erecciones, eyaculaciones, exhibiciones..., La máquina de follar, Escritos de un viejo indecente, Se busca una mujer y Música de cañerías (Relatos). Y el libro de entrevistas titulado Lo que más me gusta es rascarme los sobacos.**



ALCOHOL

"Es una de las mejores cosas que alguien puede encontrar en esta tierra. Aparte de mí. Sí. Esos son los dos grandes hallazgos que se pueden hacer en este planeta. Generalmente, el alcohol es destructivo para la mayoría: yo soy una excepción. Escribo totalmente intoxicado. Me pasa lo mismo cuando estoy con mujeres. Siempre fui reticente haciendo el amor y el alcohol me desinhibió. Es un alivio porque soy tímido, introvertido y el alcohol permite que me convierta en ese héroe que atraviesa el tiempo y el espacio haciendo cosas peligrosas. Entonces, me gusta. Sí."



ENTREVISTAS

"Es como haber sido puesto entre las cuerdas. Incómodo. Nunca cuento toda la verdad. Me gusta jugar y burlarme un poco, así que siempre doy algunas informaciones dudosas. Nada más que para entretenerme. Entonces, si quieren conocerme, no lean jamás una entrevista mía."